

“¡Que viene el lobo!”

Yendo por ese camino no les salva ni el Cristo de Lepanto

Se veía venir. Elección tras elección, la derecha, ha ido cosechando victorias sin demasiado esfuerzo y lanzando misiles de confección casera que, como los fuegos artificiales, distraen a la población, pero no son lo suficientemente potentes como para poner en peligro la democracia. La parroquia nacional lo sabe, sean de uno u otro credo, y optan más por estar distraídos un rato que por correr para ponerse a salvo en algún refugio subterráneo.

La izquierda, instalada en la siesta después de mirarse el ombligo, ha esgrimido tantas veces la espada ropera, “que viene el lobo”, que ha dejado de tener credibilidad. El “lobo” es cada vez más conocido, le han convertido en un protagonista importante y, si siguen insistiendo, van a conseguir que esté en el cuento para quedarse. ¿Alguien entendería hoy el cuento de Caperucita Roja sin el malvado lobo? El “lobo”, el feroz, no el manso, está tranquilo, contento con el encumbramiento al que le están llevando, no se esfuerza mucho y, de vez en cuando, suelta alguna de las suyas para recibir aplausos que se traducen en votos. Vuelta al ruedo, orejas en mano, “Montera” al suelo, recolocación del “paquete” y partida hacia el extranjero para besarse con Netanyahu.

La izquierda gobernante, ha dedicado tanto tiempo y esfuerzos en implantar sus ideas en el ámbito internacional, que se ha olvidado de que, en el lecho nacional, debe poner algo de vaselina en su discurso para poder culminar con éxito el acto electoral. A la gente le parece bien que se saque pecho en el exterior, que se haga respetar a nuestro país, que se posicionen con contundencia ante los terribles acontecimientos que se suceden en el mundo, que se creen oportunidades de negocio..., pero luego, hay que volver a casa, lavar los platos, poner la lavadora, tender la ropa y salir a la ventana a cantar un rato. La vida, sobre todo, es eso y a la gente es lo que más le importa.

Para atraer la atención, interesar con el discurso y que les vayan a votar, como hicieron tiempos atrás, la izquierda, embarcada en campaña, debe girar el timón 180º y no esperar a que el Cristo de Lepanto tuerza de nuevo el torso como hizo a bordo del Don Juan de Austria para salvarles del naufragio. Lo puede hacer sin abdicar de sus principios y valores, muchos de ellos compartidos por otras formaciones políticas, pero debe de dejar de adjudicarse la exclusividad en la defensa de estos.

A estas alturas los votantes ya saben quién es quién, de qué pie cojea, qué es la xenofobia, el racismo, que el país va a ir tirando con unos o con otros y lo que necesita es que alguien les dé “alegría al cuerpo”, aunque solo sea porque solo se vive una vez, incluso los que disfrutaban de un piso. Insistir en ello es perder el tiempo,

aburrir al personal, sobre todo a los nuevos votantes, y desaprovechar la oportunidad de decir algo original, apetecible, ilusionante, alguna cordialidad incluso con el adversario. A nadie le amarga un dulce.

Lo primero que pueden hacer las parroquias de las izquierdas es poner orden en su casa, porque muchas de las desafecciones internas, además de no gustar a los feligreses, favorecen al adversario. Espero que se pongan las pilas, que “den caña al mono, que es de goma” y puede aguantarlo, porque la izquierda es necesaria para frenar a una derecha desbocada. Si no lo hacen, quizás tenga que escribir un artículo tras las próximas elecciones generales titulado “La caída de los dioses”.